

PRIMER ENCUENTRO

CAMPAMENTOS SOCIALES PARA LOS NUEVOS TIEMPOS

Una instancia de formación, intercambio y concreción de
la dimensión social de la Alianza de Amor

HABLAR DE LO SOCIAL TIENE QUE VER CON EL AMOR

P. Juan Pablo Rovegno M.



PRIMER CAMPAMENTO SOCIAL PARA LOS NUEVOS TIEMPOS.

“HABLAR DE LO SOCIAL TIENE QUE VER CON EL AMOR”

Queremos iniciar este encuentro con una invitación a abrirnos al espíritu que quiere acompañarnos: *“como ha sido en cada hito de Schoenstatt y encrucijada de nuestra historia, queremos hacer un ejercicio providencialista frente a la realidad”*.

Ese espíritu queremos hacerlo presente a modo de oración, con imágenes y textos, son pinceladas que unan nuestro esfuerzo a la escuela de nuestro padre fundador y de los hijos e hijas de Schoenstatt que, desde su alianza, han plasmado sus vidas y la vida del mundo que nos rodea.

VIDEO INICIAL

Hablar de lo social tiene que ver con el amor...

Lo primero es aclarar que en este primer encuentro hemos tomado una decisión medular: **partir por la centralidad del amor**, porque nuestra alianza y nuestra misión apuntan a eso y surgen de esa certeza. Nuestra alianza es una Alianza de Amor y nuestra cruzada es una cruzada por vínculos de amor.

Parece obvio, sin embargo, no siempre la realidad de un Dios que se define como Amor y que todo lo hace *“por, para y mediante el amor”*, es algo que ha calado nuestra percepción, comprensión y experiencia de Dios y de la realidad.

Y un ser humano definido por su semejanza con Dios, es decir, desde el amor, no siempre está presente en la forma como comprendemos nuestra humanidad y nuestras relaciones mutuas.

En el acta de fundación, junto con pedir a la Mater que tome posesión de la capillita y la convierta en un santuario, está el ofrecimiento de actos concretos de amor para que se despliegue el poder educador y transformador de María, desde el santuario. El amor está en el eje de nuestra alianza y está en el eje de nuestra preocupación social. Y no necesariamente hemos construido relaciones de amor.

Si Dios se define como Amor, si el mensaje central de Jesús a través de palabras, gestos y acciones, es hacer concreto ese amor, como una despliegue cada vez mayor y abarcador, este es nuestro mayor desafío como hijos e hijas de Dios, como discípulos y misioneros de Jesús, como miembros de nuestra iglesia.

El amor sana, une, reconcilia, transforma y eleva nuestra precaria naturaleza. Es un amor que necesita siempre ser renovado y revisado, según las circunstancias y desafíos de cada tiempo, persona y lugar.

Vivimos un tiempo de crisis transversal, ¿qué otro sentido puede tener, desde esta perspectiva, sino una revisión y renovación en el amor?

Mirado desde Dios Amor, todo se ilumina desde un amor capaz de dar la vida por quienes se ama; mirado desde nosotros, criaturas, nuestra vida y su sentido, también tienen que ver con esa realidad central:

¿Acaso no nos movemos desde la necesidad de ser amados y la capacidad de amar? ¿acaso los mayores dramas, quiebres y búsquedas no tienen que ver con las heridas o los desórdenes en el amor? ¿Qué hay detrás de las más nobles aspiraciones, así como de las más oscuras decisiones, sino el amor, en unas con toda su belleza y posibilidades, en las otras, con toda su distorsión e irracionalidades?

El amor como fuerza creadora, está detrás de cada acontecimiento y desafío, así como su ausencia, está detrás de cada fuerza destructiva. Lo opuesto al amor es el odio, pero el odio tiene muchas concreciones sutiles: indiferencia, egoísmo, marginación, división, desconfianza...

Vivimos tiempos desafiantes y difíciles, pero mirados desde el amor son una nueva oportunidad para un reordenamiento del mundo desde el amor. Y nosotros tenemos casi un deber: por nuestra fe en un Dios amor, por nuestra alianza de amor y por nuestro seguimiento al maestro del amor, Jesús.

La centralidad del amor como posibilidad y oportunidad está en el fondo de toda crisis: desde el valor de la vida en toda circunstancia, hasta la solidaridad y la dignidad de todo ser humano, desde el desarrollo pleno de cada persona hasta la sustentabilidad del medio ambiente, desde el buen trato hasta el salario justo...

Termino con un texto del padre fundador, que nos ayuda a comprender este ejercicio providencialista:

“Esto es válido, en primer lugar, para la imagen del Padre. Dios fue siempre, para nosotros, el Padre del amor. Lo demuestra la marcada acentuación de la ley fundamental del mundo que ha determinado y compenetrado desde un principio el espíritu de nuestra Familia. Sabemos, no sólo teórica sino también prácticamente, que la razón del obrar divino es, en último término, el amor. Todo lo que de Él emana proviene del amor, actúa por medio del amor y para el amor. Siempre consideramos que nuestra misión especial es hacer de esta ley divina, de esta ley fundamental del mundo, la ley de nuestra vida y educación. Sabíamos también que en ese amor de Dios teníamos que incluir como característica fundamental, su misericordia. Pero lo que resulta nuevo para nosotros es la grandeza extraordinaria de ese amor divino y misericordioso” (diciembre de 1965).

“¿Cuál es la ley fundamental del mundo? ¡Lo sabemos! Dios tiene una razón para todo lo que hace. Buscamos ahora esa razón que lo ha impulsado a crear el mundo, gobernarlo, guiarlo, redimirlo. Pregunta muy oportuna para la realidad de estos tiempos. En la búsqueda de una respuesta se pueden generar muchas dificultades y crisis, no solo entre el pueblo fiel sino entre nosotros mismo, los sacerdotes. Pues bien, aquí nos ocuparemos de esa pregunta... ¿Por qué Dios creó el mundo, por qué permite tal o cual cosa?

No buscamos detectar causas de segundo orden, sino sacar a la luz la ley fundamental del mundo, la causa última que está más allá de toda explicación puntual de hechos de la realidad. Uno se puede preguntar, por ejemplo, ¿a qué se debe el cambio de las estaciones del año?... ¿O bien, por qué Dios ha permitido en mi familia tal o cual desgracia?... ¿por

qué existen grandes conflictos entre los pueblos y naciones? ¿Por qué se cierne la amenaza de totalitarismo sobre todo el mundo? Estamos, pues, frente a la pregunta por la ley fundamental del mundo.

Y la respuesta que podemos y debemos dar es que la ley fundamental del mundo es el amor de Dios. Amor de Dios significa, en primer lugar, el amor de Dios hacia mí y, en segundo lugar, mi amor por Dios...” (La perfecta alegría de vivir, 1934).

“El amor de Dios hacia mí...mi amor por Dios”, y podríamos agregar el amor de unos por los otros. Todo lo que vivimos es una invitación, una interpelación, para una revisión y una renovación en el amor.

P. Juan Pablo Rovegno Michell

Dirección Nacional

Schoenstatt - Chile